

Carta de Argentina

Los enemigos de la modernidad

Juan José Sebreli

De lo dicho desde el martes negro, en los medios y en la calle, se advierte que en ciertos sectores de la opinión, en particular los más intelectualizados, el sentimiento de conmiseración por las víctimas del atentado resulta muy atenuado por el énfasis puesto en la culpabilidad de Estados Unidos: «Se lo tiene merecido», «recoge la tempestad de los vientos sembrados». Los propios norteamericanos, embargados por sentimientos de culpa, llegaron al extremo: Noam Chomsky denunció a su país como «el mayor terrorista del mundo», blanqueando, de ese modo, no sólo a los fundamentalistas, sino al nazismo y al estalinismo, y olvidando que los mayores crímenes del siglo XX –las dos guerras mundiales– no fueron provocados por Estados Unidos.

La inconsciente alegría de jóvenes árabes que festejaban en las calles fue compartida por muchos occidentales que trasladaban el atroz asesinato colectivo de civiles indefensos a un episodio más de la guerra de países pobres contra ricos. Poco importaba que las víctimas, en este caso, no fueran representantes emblemáticos del poder y la riqueza, sino en gran parte trabajadores, muchos de ellos latinoamericanos, y que el supuesto autor intelectual del atentado fuera un multimillonario árabe, despreocupado por los pobres de su país, y los terroristas, jóvenes de clase media. Se recurrió al chantaje emocional: oponer al terrorismo el hambre de los niños árabes. Esta es una falsa identificación, confunde dos conceptos de orden distinto: el hambre de los niños debe calificarse de injusticia, y el acto terrorista, de violencia.

Aun cuando no sean de la misma naturaleza, se puede alegar, la injusticia es la causa de la violencia. Pero esto es otra falacia, porque los norteamericanos no son los responsables directos de la injusticia cometida con los niños árabes. Los países de la Península Arábiga son ricos, riquísimos: poseen uno de los productos más apreciados de la Tierra, el petróleo. Ese petróleo no está en manos de los yanquis, sino de las clases dirigentes árabes, de sus monarcas feudales, sus dictadores, sus militares y sus jeques, que figuran entre los más ricos del mundo y son, por tanto, los verdaderos y únicos culpables del hambre de los niños árabes, de la situación de atraso y miseria espantosa en que viven esos pueblos. La respuesta a la crisis desatada por el

ataque a Manhattan no debe ser tomada por Estados Unidos como una cuestión de orgullo nacional herido, y los demás países occidentales no deben permanecer indiferentes y ajenos, porque el ataque no está dirigido tan sólo contra la nación más poderosa del mundo sino contra cualquier sociedad democrática occidental, aunque sea un país periférico y empobrecido, como lo prueban los dos atentados terroristas ocurridos en Buenos Aires. Proponer la paz a ultranza cuando del otro lado seguirán la guerra recuerda a los pacifistas y neutralistas de 1939: Saddam Hussein, Khadafy o Bin Laden son tan apaciguables como ayer Hitler.

La insistencia sobre la culpabilidad norteamericana en el atentado se complementa con la ausencia de crítica al mundo islámico. El relativismo cultural prevaleciente en las corrientes interpretativas en boga condena cualquier intento en ese sentido considerándolo etnocentrismo, xenofobia, racismo, intolerancia al otro, ataque a la identidad cultural. Pero sin la fe religiosa fanática no habría individuos capaces de inmolarse, aptitud que los vuelve enemigos de una peligrosidad incomparable con la de cualquier otro terrorismo conocido. Además, ningún islamista tiene derecho a desautorizar a los fundamentalistas, porque, como el islamismo carece de una autoridad que fije los cánones, cada secta tiene derecho a considerarse la verdadera. Los fundamentalistas tienen su parte de razón cuando pretenden representar al auténtico islamismo: éste fue en sus orígenes una religión guerrera; el Corán (sura IX, versículo 29) predicaba la guerra santa.

Los relativistas culturales, tan cuidadosos de no incurrir en intolerancia hacia una cultura ajena, no se preocupan por la falta de reciprocidad. En nuestro país, como en otros occidentales, se realizó un recordatorio por las víctimas con una ceremonia ecuménica que reunió a sacerdotes católicos, pastores protestantes, rabinos judíos y clérigos musulmanes. Un acto de esas características es inconcebible en los países árabes.

No debe eludirse que la cultura islámica, exceptuando los pocos países musulmanes laicos, nunca conoció la democracia, descreo de la racionalidad, no permite las libertades individuales ni la tolerancia a otros cultos ni la igualdad de los sexos ni el respeto por el individuo, sin olvidar sus excesos, como la mutilación de mujeres, la lapidación de adúlteras o la condena a muerte de escritores impiadosos.

¿Se trataría entonces de un «choque de civilizaciones», según la teoría de Samuel Huntington? Nada de eso: las antinomias no son entre Occidente y Oriente, sino entre modernidad y antimodernidad, y esas mismas contradicciones se dan en el interior de cada uno de los espacios geográficos. Los fundamentalistas luchan por el retorno al siglo IX utilizando la más moderna tecnología occidental. A su vez, en el seno mismo de Occidente hay

muchos enemigos ideológicos de la modernidad: fundamentalistas católicos, protestantes y judíos, las variopintas bandas nacionalistas y sectas irracionales, incluyendo los utopistas neorrománticos «antiglobalistas», todos los profetas de la «decadencia de Occidente», muchos de los cuales se congratularon por el derrumbe de las torres.

Los valores humanistas no son particularidades occidentales: son conquistas universales sin distinciones nacionales, étnicas, raciales ni culturales. Los pueblos árabes, y en especial las mujeres, ganarían mucho accediendo a esos valores liberándose de las tiranías teocráticas y premodernas que los oprimen.

Los males que amenazan la existencia de nuestros valores –el terrorismo, así como otros de muy distinta índole, como el deterioro del medio ambiente, la explosión demográfica, el control de la fuerza nuclear, el narcotráfico, el sida y el hambre– son mundiales y exigen para luchar contra ellos con eficacia una organización política mundial. La masacre de Manhattan ha mostrado la vulnerabilidad del Estado-nación, aun del más poderoso, para enfrentar problemas de semejante magnitud. Estados Unidos deberá ser el primero en abandonar su tendencia contraria a la mundialización, evidenciada con su negativa a constituir una corte penal internacional. La democratización de la parte del mundo que la desconoce está condicionada a la mundialización de las democracias existentes, entre ellas los Estados Unidos.

No desconocemos que Occidente no respeta, y aun traiciona, muchos de los valores que predica, pero sólo a partir de estos mismos valores es lícito exigir su cumplimiento. Sabemos que la política exterior norteamericana de potencia hegemónica contribuyó, en parte, a instaurar dictaduras militares en América Latina. Asimismo, su errática política en relación con Medio Oriente en tiempos de la Guerra Fría provocó la trágica paradoja de haber armado a sus futuros enemigos, los talibanes.

No se trata entonces de una lucha entre el bien y el mal, como planteaba el presidente George W. Bush con un lenguaje típicamente fundamentalista. La realidad política es ambigua, las alternativas no son nunca en blanco y negro, difícilmente haya causas puramente buenas. El fundamentalismo musulmán tal vez sea el mal total; la democracia occidental como existe hoy es apenas la verdad a medias, el mal menor, pero aun con todas sus fallas sigue valiendo la pena luchar por ella.



Pedro López Lagar y Zully Moreno - 1943